

no en la calle, aunque segun sospecho lo hizo por salvar él mismo su pellejo. Como quiera que sea, merced á tal prevision puedo dar hoy algunas noticias sobre la vida de mi dueño, D. Epifanio (ó Pifano,) Calderon y Arias.

\* \* \*

Veinte años acompañé al músico de cuerda, y preciso es confesar que durante ese tiempo jamás le ví incómodo ni descontento de su suerte. Vivió conmigo en aquella paz y armonía que jamás tienen el inquilino y su casero. No hubo baile, festejo ni día de campo á donde no me hubiera llevado consigo, conducta muy diversa de la que emplean ciertos maridos con sus mitades, quizá porque las niñas no son susceptibles de *afinarse* ni *entrar en armonía*, si no es cuando algun tocador intruso pone en movimiento aquellas fibras, que pocas veces resuenan para el pacífico y bonachon consorte.

Ay! yo hubiera vivido mil años en compañía de mi dueño; pero al vigésimo de nuestra union y compañía, un fatal accidente vino á separarnos para siempre. Hé aquí de qué manera.

Una familia nos habia convidado á un día de campo, al cual debiamos ir en burro y volver de la misma suerte, cosa que tambien entraba en la diversion. Pocas veces ví yo á mi dueño tan contento y bullicioso. Si él hubiera sido cisne y yo poeta, desde luego diria que aquel fué su último canto. La mayor parte del día se habia pasado sin otros incidentes que aquellos que son tan comunes en semejantes frascas; y como D. Epifanio se habia tomado la licencia de hacer sus alusiones picantes, relativas á los jumentos y á los mosalvetes que los montaban, parodiando ademas los aspavientos de tal niña que hubiera caido del animal á no ser por un aficionado á levantar niñas, y de la otra que se apeó del pollino de una manera desusada, por esto precisamente los agraviados y adoloridos trataban de jugarle una pasada al que les habia hecho poner ya blancos ya rojizos.

Aquel día mi dueño habia comido y bebido mas de lo regular; se habia agitado bastante en el camino, y un sol ardiente habia dado á las facciones del músico un color escarlata.

Todos volviamos del paseo montados en nuestros respectivos jumentos. D. Epifanio habia cubierto de flores á su cabalgadura, y caminaba delante de la comitiva, ufano y satisfecho por su invencion. El animal que montaba era quisquilloso y de maneras no muy come-

didias, cuyas malas cualidades, descubiertas por uno de los agraviados, presentaban la ocasion para atormentar al infeliz de D. Epifanio.

No hubo escape. El animal sintiéndose aguijoneado, repentinamente por aquella malhadada parte que sugirió la monstruosa invencion de las geringas, echó á correr desafortadamente, lanzando por intervalos un par de coces vengadoras que solo encontraban el vacío. El primer movimiento de mi dueño fué soltarme de entre sus brazos, echando una mano atras y otra adelante del *aparejo*, buscando así dos puntos de apoyo para no venir al suelo mal de su grado. Por mi parte, merced á la maldita ley de los cuerpos que una vez puestos en movimiento lo siguen por algun tiempo, vine á caer justamente entre las patas delanteras del animal; y como no tuve la fortuna de encontrarme con un burro parecido al del fabulista Iriarte, sino con el mas antifilarmónico que se ha conocido, quiso mi desgracia que una de aquellas patas me hiciera un socavon, para el cual no hubo remedios en el arte.

En cuanto á mi dueño, despues de haberse sostenido echo un garabato sobre los lomos del jumento, vino por fin á caer cuan largo era, en una zanja de agua helada.

Al día siguiente se le declaró un tifo.

A los siete murió, y su muerte fué causada, segun se ha visto, por el jumento corredor, por el que lo hizo correr, y por la sentencia de muerte á que fué condenado *desque llegó á esta patria mundanal*.

D. Epifanio pudo haber dicho al morir lo mismo que en igual lance dijo Neron: ¡¡No sabe el mundo el músico que pierde!!

Por qué mi dueño no tuvo ese arranque de orgullo? No lo sé; pero segun entiendo, fué para demostrar al mundo que un bandolon es muchas veces mas veráz que los cronistas del tirano y sanguinario emperador de Roma.

\*\*

\*\*\*

Y ahora, lector, ya que comencé mi mal pergeñado artículo con unos versos de Iriarte, lo acabaré con otros del mismo fabulista y tomados de la misma fábula.

Ojalá y digas hablando del acierto que he tenido al escribir este tipo:

Sin reglas del arte  
Borriquitos hay,



Que una vez aciertan  
Por casualidad.

Mira que la alusión no puede ser mas propia. Tengo la misma inteligencia del jumento; como él soy pacífico y bonachon, y sobre todo, como él y como un mal cómico tengo unos lomos suficientes para soportar el peso de tu crítica mordaz y tus silbidos.



Y ahora, lector, ya que comencé mi mal perseguido artículo con unos versos de Jirarte, lo acataré con otros del mismo fabulista y ro- mador de la misma fabula.

¡Ojalá y digas hablando del escrito que he leído al escribir este tipo:

sin reglas del arte  
Borradores hay.